

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo tres

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la pasión y la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

La puerta de entrada del Rancho Pierce también era de madera, y se atascó cuando Jack intentó abrirla. Era algo que solía ocurrir, pero el incidente con la cleoptra había distraído a Jack y cuando intentó pasar se golpeó la nariz con el canto. Sofocó una maldición y atravesó el vestíbulo masajeándose la.

La recepción de la casa era una sala grande cubierta de conglomerado a imitación de madera de sabina y decorada con muebles recargados y fastuosos, con filigranas y flores en las alfombras y en el marco de cuadros pintados al óleo, suelos fragilísimos de baldosas con motivos simétricos en azul y dorado y sillas tapizadas a juego con sofás mullidos llenos de cojines donde hacían esperar a los invitados, todo muy al gusto de su difunta tía. La puerta de la escalera estaba oculta por un anturio deslumbrante, su mujer le abrillantaba las hojas con leche cada dos o tres semanas. A la derecha estaba su despacho, una prolongación del vestíbulo en cuanto a estilo, quizá menos florido pero igualmente opulento con su madera y sus tapices, y al fondo, una cocina pequeña, la única habitación privada que no estaba bajo tierra. Les gustaba desayunar con luz natural directa, no la que reflejaba el sistema de iluminación de la casa, y pasaban mucho tiempo allí.

Antes de entrar escuchó a su hijo Solomon riéndose sin aire. Por las horas, supuso que estaría almorzando con su primo.

— Hola, papá.- lo saludó sin entusiasmo. Tenía una tostada de jamón mordisqueada en una mano y una gota de aceite le resbalaba por la comisura de la boca.

— Hombre, tío, ¡buenos días!- levantó su tenedor, del que colgaban algo de carne y restos de huevo.- ¿Bacon?

— Buenos días, Martin. No hace falta, ya me sirvo yo. ¿Cómo estás?

— Bien, como siempre.

— ¿Y tu madre?

— También. Está en la oficina con sus cuentas, ya sabes. No sale de allí ni para mear.

Jack hizo una mueca.

— Como debe ser. Vosotros tendríais que hacer igual. ¿No es un poco pronto para estar aquí comiendo, gandules?

— Vaya, lo mismo digo.- replicó su hijo.

Solomon acababa de cumplir diecinueve años. Tenía el pelo oscuro, como él, los ojos marrones y una boca grande de labios gruesos que apenas se movía cuando sonreía. De sus cuatro hijos, era el que más se había interesado por el negocio familiar. Desde muy joven le gustó salir al campo y ayudar en lo que podía, más jugando a imitarlo que trabajando al principio, pero a partir de los catorce o quince años era como uno más. Los capataces lo respetaban y hacían buenas migas con él, a veces iban juntos a la cantina o los encontraba a la sombra de algún refugio tocando la guitarra y jugando a las cartas. A los menores de diecisiete años no se les permitía trabajar por ley, pero quienes hacen las leyes no saben lo que es el trabajo, y los agricultores sí. En Mundo Agrícola todos hacían la vista gorda, se cubrían los unos a los otros cuando había inspecciones, y estaba bien. Al final los ranchos de la colonia eran comunidades pequeñas, y todo el mundo tenía hijos o primos o hermanos que se habían pasado a saludar, nada más.

Los años de trabajo habían abultado los músculos de Solomon y habían ensanchado su espalda, aunque su fuerza y su apariencia reservada ocultaban una naturaleza caprichosa y negligente. Su hermana Hannah había intentado hasta la extenuación llevarse con ella a Solomon y a Martin, su hijo, para enseñarles cómo funcionaba el rancho más allá de las máquinas y las monturas, pero ellos no le prestaban atención y solo veían pasar papeles y números hasta que les dejaba irse. Eso preocupaba a Jack, porque a pesar de su edad Solomon tenía claro que quería quedarse en el rancho. Quería trabajar y hacer que aquello creciese aún más, pero no era consciente de cuán diversificado estaba el trabajo y cuando intentaban hacérselo entender, no atendía. Solomon quería partirse el lomo cuanto antes, pasar los días y vivir las noches, y con el dinero que ganaría pagar a alguien que se ocupase de las cuentas y le hiciese ganar más dinero. Quizá su hermano James, un cerebritito, o cualquiera de sus primos.

— He venido porque espero visita. Gente a la que te presentaría si supiese con certeza que te mostrarías tan profesional como exige tu puesto.

Solomon resopló, haciendo bailar los rizos que le caían sobre los ojos ocultando su ceja partida.

— No empieces. Solo soy un labrador.

— También lo es tu primo Alphie.

Le dio la espalda y cogió un poco de pan y dos tiras de bacon que había en una bandeja sobre la encimera. Estaba frío, pero la grasa no se había endurecido. Solomon odiaba que lo comparasen con nadie. Sabía cuál iba a ser su reacción y prefería no verla. Una mueca disgustada, quizá una carcajada irónica, y un comentario sarcástico. Lo que no esperaba es que también se riese su sobrino. Martín era mayor que Solomon, aunque no era tan dispuesto como él. Trabajaba en la granja porque dejó pronto los estudios y allí no había muchas más opciones, pero el campo era sucio y descuidado, no estaba hecho para él. Prefería los invernaderos, donde podía estar sin traje bajo los cristales fotocromáticos, dando de comer a los peces mientras escuchaba música y cantaba para las plantas.

— Llevas toda la vida comparándome con Alphie, y si lo conocieras de verdad no le tendrías tanta estima.

— Ah, ¿no?

— No. Se gasta en putas todo lo que gana.

— Solomon, tío...- le rechistó su primo.

La moralidad se disuelve buscando experiencias intensas en un lugar sin alternativas de ocio, pero los agricultores se protegen, se cubren, respetan el pacto de silencio. A Martín tampoco le gustaba que endiosasen a Alphie como lo hacían, pero él también tenía por qué callar.

— ¿Qué más da? Lo sabe toda la isla, en el burdel de Sace le pusieron su nombre a una suite.

— ¿En serio?

— Suite King Alphonsus. La más cara con diferencia.

— Estás bien informado.

— Claro que sí, adoro a Alphie. Nos mantenemos al tanto de lo que nos pasa.

— Pues no me gusta nada el ejemplo que has puesto para desprestigiarlo. Deja que las putas hagan su trabajo.

— ¿Las putas? ¿Quién juzga a las putas? El problema son los puteros. Quiero a mi primo y no intento desprestigiarlo, se desprestigia él solo. El rancho no prosperará si en vez de invertir aquí su dinero se lo gasta en explotar pobres.

— El rancho tampoco prospera si no trabajas cuando hay que trabajar. ¿Dónde estabas esta mañana? Te he buscado un buen rato hasta que lo he dejado por imposible. Anoche te dije que fueses al refugio de Las Pozas temprano para explicarles a los tractoristas cómo mezclar el peróxido.

Solomon abrió mucho los ojos, hasta dejó de masticar. El vino austral era uno de los productos más rentables que explotaba su familia, así que

trataban a las cepas con un cariño rayano en la personificación. Jack le había pedido que cuidase de ellas, y a él se le había olvidado.

— No me dijiste nada.

— Claro que sí.

— Que no.

— Lo hice. Pero da lo mismo. ¿Dónde estabas?

— En la Noria del Tuerto. Le he dado un riego al trigo.

— ¿Qué tal va?

Últimamente los cereales no engordaban demasiado. Había demasiada población en la isla de Balfour, en consecuencia, demasiados cultivos, y el agua a veces no alcanzaba para todos. El año pasado habían tenido restricciones, y el planeta seguía su camino en dirección al periastro, así que ese año nada hacía pensar que no las tendrían.

— Pues seco y cansado.

— Una información concisa y bien presentada.

— ¿Cómo quieres que esté? Está rompiendo, y ahora que le he dado un agua pues podrá dar un empujoncito. ¿Y las viñas qué?

— Bien. Solo han tratado la parcela que linda con la sierra. Hasta dentro de dos o tres días no van a terminar de podar.

— ¿Ves? No es tan grave que no haya ido.

Prefirió obviar su comentario porque podrían pasarse la eternidad regateando con monosílabos.

— Me gustaría que te ocupases de la desinfección el sábado. El año pasado detectamos yesca en diecisiete plantas, y si no vamos con cuidado este año puede ser un desastre.

— Te preocupas demasiado, papá. No hay misterio en aplicar el antifúngico, le das un pistoletazo con la manguera, que se quede bien mojada, y a otra planta.

— Bueno, pero quiero que lo hagas tú.

— Joder, papá, ¿un sábado?- preguntó cabreado.

— El jueves habrán terminado, y cuanto menos tiempo pase hasta la aplicación, menos tiempo tienen los hongos de penetrar la madera.

— Pero el sábado tenía planes.

— Sólo serán unas horas, por la mañana.

— Cago en la puta...- musitó entre dientes.- Los hongos, macho, ¿cómo es que no se han muerto todavía con la radiación que chupa este planeta?

— Si los hongos piensan, pensarían eso mismo de ti.

Solomon miró a su primo con la boca reducida a una fina línea.

— Muy profundo, Martin, pero eso no va hacer que me libre de currar este fin de semana.

— Qué más da, tío, si es como darse un paseo. Llévate a Sidon en el tractor y así os entretenéis los dos.

— Ni hablar.- intervino Jack.- El perro ya está mayor y los vapores no le sientan bien.

— Joder, papá, de verdad que eres un coñazo.

— Tengo dos dedos de frente, que es diferente.

Justo entonces llegó su madre. Abrió la puerta de la cocina de una patada y levantó la rodilla para sujetarla mientras entraba. Tenía la cara enrojecida y sudorosa. Sus ojos aceitunados, a los que se asomaba una inteligencia elegante, estaban entornados para intentar ver a través del pelo gris, que se le pegaba a la frente y a las mejillas. Llevaba un cesto hasta arriba de huevos.

— Todavía estoy esperando el día en que entre a una habitación y no os encuentre a los dos discutiendo.- dijo resollando a modo de saludo mientras dejaba los huevos en la encimera.- Martin, qué bien que estés aquí. Para las pocas gallinas que tenemos, es increíble como ponen las condenadas. ¿Quieres llevarte unos cuantos para tu madre?

— Como quieras, tía Grace.

— Pues sí, llévatelos porque aquí se van a pudrir. Así puedes hacerle una tortilla de patatas a tu hermano, que cada vez que venís a comer me pide que prepare lo mismo.

— Y seguirá haciéndolo por muchos huevos que le lleve, tu tortilla está a otro nivel.

— Eres un encanto.

Se recogió el pelo tras las orejas, separándolo mechón a mechón, y se pasó el antebrazo por la frente para limpiarse el sudor. Luego, cruzó la cocina para darle un abrazo a Jack.

— Hola, cielo. ¿Cómo ha ido la mañana? ¿Quieres una tortillita o unos huevos revueltos? Yo voy a hacerme un huevo frito.

Jack se rio y le dio un beso en la coronilla.

— Gracias, pero no. Acabo de comer un poco de bacon.

— ¿Bacon? Me sorprende que estos dos te hayan dejado algo.

— Lo justo, pero algo había. ¿Qué tal tú?

— Mejor no preguntes.

— Bueno,- dijo Jack con voz cantarina.- mal empiezas. A ver, dime.

— Qué va, está todo bien. Bien. Los animales dan mucho la lata y tu hijo va a acabar conmigo.

— ¿Qué hijo? ¿Yo?- preguntó Solomon y señalándose, repitió- ¿Este hijo?

Grace lo miró de reojo, y al volver a mirar a Jack se sonrieron.

— No, pero me alegro de que seas consciente de lo a menudo que nos la lías.

— Oye, ya vale de machacarme, ¿eh?

— Se trata de James. Hoy tampoco quería ir a clase.

Debía habérselo imaginado. A James nunca le había gustado la escuela. Era un niño listo y muy curioso, pero allí no encajaba. No dejaba de hacer preguntas, y a cada respuesta planteaba preguntas nuevas hasta llegar a un punto en el que sus profesores no podían seguir contestándole para no retrasar la clase. Eso lo desesperaba, y volvía a casa diciendo que no volvería nunca porque con su ordenador aprendía más. Tanto él como Grace sabían que su hijo era brillante, pero su actitud intimidaba a los demás. Sus compañeros solían llamarle raro, según les comentaron varios profesores desde que empezó el colegio, aunque hablaron con él del tema y nunca se quejó ni recordó ningún accidente parecido. No tenían claro cómo ayudarle, porque que tenía ganas de aprender estaba claro.

— Madre mía... No sé qué vamos a hacer con este chico.

— Pues dejad que se quede aquí.- intervino su hermano.- James tiene una mente que ya quisieran muchos, y tener un título de cualquier centro planetario es como no tener nada. ¡Vivimos en Mundo Agrícola, por favor! Nadie nos toma en serio.

— Eso no es verdad, los títulos hacen falta en cualquier sitio.

— Déjalo, Grace, no entres al trapo... ¿Has podido convencerle?

— Creía que sí, lo ayudé a prepararse y se fue con Abe y Daisy a la parada del bus, pero cuando los chicos vinieron a casa, Solomon me dijo que había visto a James y a Lisias corriendo por Las Charcas camino de la Cañada del Muerto.

— ¿Corriendo?

— Sí, bueno,- contestó su hijo.- los vi de lejos y ya parecían cansados, sin cleoptras no creo que lleguen a la Cañada, pero esa era más o menos su dirección.

— ¿Y no se te ocurrió pararlos?

— Se me ocurrió, pero tienen ¿qué, diez años? y están corriendo entre árboles en una llanura desolada. ¿Qué les va a pasar? Que se diviertan.

Jack estaba preocupado, pero no pudo evitar sonreír. Grace lo escrutaba sin entender su reacción.

— Vaya dos... Desde luego, tu hermano es igual que tú. Y el tuyo, Martin.- señaló a su sobrino con la cabeza.- A su edad, vosotros hacíais lo mismo. ¿Te acuerdas de aquel arco nocturno cuando insistieron en dormir al raso para ver el cielo, y se escaparon porque no les dejamos?

Su mujer se quedó callada y sonrió con ternura.

— Nos enteramos porque se fueron sin avisar a Alphie y le dio tanta envidia que se chivó.

- A lo que voy es a que se divirtieron y no les pasó nada.
- Estaban helados cuando los encontramos.
- No te preocupes. James estará bien. Lisias tiene más sentido común, es un chaval muy maduro. Cuidará de él. Vamos a hacer caso a Solomon y a dejar que se lo pasen bien hoy, y cuando vuelva hablaremos con él.
- Inaudito.- murmuró Solomon.
- Entonces... - dijo Martin.- ¿Si me lo encuentro por casualidad no le digo nada?
- En absoluto.- respondió Grace sin pensarlo dos veces.- Si los ves, tráelos a casa. Conociendo a James, habrá salido sin traje.
- James siempre usa crema.- apuntó Solomon.
- No me fio de la crema.
- Yo tampoco.- dijo, y con eso zanjaba el tema.- Bueno, nosotros volvemos al trabajo. Si veo a James, contad con que lo traeré aquí.
- Muchas gracias, hijo. Ve con cuidado.- y se inclinó para darle un beso en la frente y revolverle el pelo. Detestaba que hiciesen eso.- Tú también, Martin. Y tú... - dijo dirigiéndose a Jack.- ¿No esperabas a alguien?
- Sí. Iba a tomarme un café en mi despacho, pero no sé cuánto llevamos hablando. Deben estar al llegar.
- Pues nada, tómalo con ellos y tendrás la mitad hecha. Yo me voy abajo. Suerte.
- Se dieron un último beso, y mientras ella desaparecía escaleras abajo, él acompañó a los chicos a la salida. Desde el porche vio el vehículo de sus invitados sobrevolando el campo de granados hasta descender suavemente en el aparcamiento de la puerta sur. Por el destello en los ojos de Solomon supo que había reconocido de quién se trataba y no pudo evitar sentir una punzada de orgullo.

